

Un patio común

Raúl Hoce

Novela

Prólogo de Hernán Migoya



Un patio común

UN PATIO COMÚN

Raúl Hoces

Prólogo de Hernán Migoya



101/Novela

Primera edición en SLOPER en papel: febrero de 2021

Edición en ebook: octubre de 2021

Logotipo de La Noche Polar: Álex Fito

Logotipo de Sloper: Max

Un patio común

© Raúl Hoces

© del prólogo, Hernán Migoya

© Sloper, S. L.

C/ Victoria, 2, 3º C

07001 Palma de Mallorca

www.editorialsloper.es

Producción del ebook: booqlab

ISBN EBOOK: 978-84-17200-53-4

TAMBIÉN EL DE TU CASA

(prólogo)

Hernán Migoya

¿Qué es la gente normal?

Siempre he pensado que no existe la gente normal. Creo que todos los seres humanos somos unos perturbados.

Lo que se define como gente normal es una mayoría de individuos que hacen un esfuerzo sobrehumano por encajar en ese libro de instrucciones regido por morales coyunturales cuya adopción la sociedad exige a sus ciudadanos como garantía de un comportamiento “normal”.

O sea, normal es esa gente que cuando toca ser nazi es nazi, cuando toca ser progre es progre, cuando toca ser consumidor de cola zero es consumidor de cola zero, cuando toca ser tolerante (cero) es tolerante (cero), cuando toca estar metido en un grupo de padres de guasap son los primeros en aceptar la invitación.

Esa gente que se embarca en sublimes odiseas para no llamar la atención de sus conciudadanos que, de igual modo, hacen equilibrios en el baremo de lo normal. De resultas de su autodisciplina, reprimen dentro de sí todo aquello que les pueda parecer perjudicial para su integración en el entorno laboral, social e incluso doméstico.

Obviamente, todos tenemos que reprimir algunos instintos y pensamientos y conductas propios de nuestra peculiaridad individual, o estaríamos matándonos a diario unos a otros. Se impone como requisito sensato un mínimo grado de hipocresía para que la subespecie humana continúe su triunfal andadura en el planeta.

Lo malo es que con esa supresión de los rasgos de carácter únicos se va también gran parte de lo que nos hace especiales o distintos, aunque se trate de características pueriles. O, para alejarnos de concomitancias conceptuales con la nueva era, la espiritualidad de baratillo, los rebaños de Disney y la madre que los parió: de lo que no nos hace ni especiales ni distintos, pero sí dignos.

No hablo ya solamente de todas esas personas que renuncian a sus vocaciones artísticas o bohemias por un empleo seguro con el que poder alimentar periódicamente a sus bestezuelas; también de cualquier gracieta, ingeniosidad o tic de esos que cuando no soportábamos responsabilidades añadían la salsa más sabrosa a la vida, y que ahora aliñarían nuestras irrevocablemente grises existencias.

Resulta obvio que la brutalidad no ayuda a la convivencia entre pueblos –por más que a nivel subliminal muchas personas, anormales por defecto, acaso terminen conviniendo en que éste sería un mundo mucho mejor si pudieran hacer desaparecer del mapa, por poner un ejemplo susceptible de consenso democrático bajo el barnizado de normalidad, a todos los psicólogos, a los hinchas de fútbol y a los ciclistas que transitan por la acera: si bien en lo personal me desmarco por completo de secundar este categórico enunciado, y he aquí, en este sacrificado y desprendido gesto de bizarría solidaria, mi denodado propio esfuerzo por encajar entre la gente normal–..., pero tal vez la expresión decantada de la brutalidad en terrenos simbólicos sí ayude.

El arte es, entre otros recursos más lesivos y menos higiénicos, la única vía recomendable a ciegas para la expresión de todo lo que reprimimos, también de la brutalidad. De eso y del ingenio sin riendas, del abrazo de la libertad, de la búsqueda de la belleza.

Un patio común trata un poco de todo lo mencionado: de cómo unas personas que se esfuerzan a cualquier precio por ser una más entre la gente normal terminan sufriendo las más imprevistas y lógicas secuelas a su sometimiento. A veces ese sometimiento

responde a un miedo absurdo y contraproducente, en otras ocasiones supone el precio a pagar por un poco de cordialidad del entorno y de paz mental. Casi siempre, la transgresión debe llevarse en el más estricto secreto: frente a los seres queridos y los que más te quieren, en especial.

El deseo de mediocridad en ciertos aspectos de nuestra trayectoria mundana se traduce en acción ineludible tarde o temprano para cualquier individuo que no ansíe terminar solo, encarcelado o muerto antes de tiempo.

Los seres humanos de los que escribe Raúl Hoces también lo ejemplifican.

El autor despliega, con la falsa sencillez de los buenos narradores, una panoplia de personas –porque en su mano no son personajes– agobiadas por diferentes cuestiones, algunas de gran trascendencia, otras que se revelan –echando mano de esa jerga caducada de la que tanto y tan piadosamente se ríe el propio Hoces– auténticas chorradas. Pero esas cosas trascendentes y esas chorradas son, qué casualidad, del mismo tipo que las que ustedes y yo enfrentamos cada día, a menudo concediéndoles pareja importancia. Y también plasma en las páginas que siguen varias crisis de personalidad, protagonizadas por adolescentes y cuarentones que todavía se debaten, admirablemente, por liberarse de la telaraña cada noche más gruesa que dicta los movimientos de nuestros días.

Hoces nos presenta, mediante sus propias voces en casi todos los casos, a varias mujeres muy interesantes, a un tipo que despertará nuestra empatía inmediata y a un número tampoco desdeñable de cretinos, un grupo humano, en fin, como el que podemos encontrarnos a diario en cualquier rutina convivencial. ¿Son los más cretinos los que mejor acatan las reglas sociales o los que más juegan a no acatarlas hasta que se estampan contra el muro de la realidad y de su propia medida como “agentes de disrupción”? Da que pensar.

Además, el cruce de sus vidas y la narración de sus experiencias se ven salpimentados por numerosos hallazgos, tanto de fondo –

cómo no empezar a clasificar desde ahora al prójimo entre aquellos que se reirían con el avance de un viandante cojo al ritmo inconsciente de un éxito ochentero de los Communards y los que no— como expresivos. Lo excepcional en nuestras vidas, por norma, suele ser mentira, sobre todo si llega envuelto en los ropajes sempiternos pero inodoros de Gandalf.

De guinda, Hoces nos regala una hermosa definición de esa avanzadilla conformada por los imbéciles que no sólo tragan con el libro de estilo de la gente normal, sino que encima no tienen empacho en aplicarlo a sus congéneres, a poco que puedan, para dar ejemplo inquisitorial y destacar de alguna desesperada manera en la miasma colectiva. Esos “puristas lánguidos” no dejan de ser una formidable interpretación ibérica de los “solemnes cojudos”, la no menos maravillosa expresión aportada por el eminente filósofo peruano Sofocleto en uno de sus célebres tratados.

Sólo nos queda jugar a reconocernos —o a evadir nuestra mirada responsable frente al espejo ¿deformado?— en las actitudes y decisiones que toman los habitantes de este *patio común*, pintado por Raúl Hoces con exacta luz hiperrealista para nuestro placer y escarnio.

PRIMERA PARTE

1. Olga

A las 10 de la mañana he salido a fumar al patio de atrás y no me he encontrado a Daniel. A veces tiene clientes y no sale, así que no me ha extrañado. He esperado casi un cuarto de hora y, cuando me ha empezado a entrar frío, he vuelto al salón y me he puesto a barrer. No había más que una clienta, la señora Sánchez, y la jefa la tenía en el secador, madurando una permanente crepada que ya solo pide ella y le queda espantosa.

Me ha parecido ver la bata de Daniel, a través de la puerta de cristal que da a la calle, y he asomado la nariz.

—¿Qué haces fumando aquí? Te he estado esperando atrás.

—Calla y escucha

—¿Qué?

—¿No oyes los gritos?

—Mmh... Sí, ¿Qué pasa?

—Se ha montado un pollo importante. Se me ha formado un poco de cola en la ferretería y uno de los clientes, un gilipollas, ha dejado pasar a otro que llevaba solamente una bombilla.

—¿Y por eso es gilipollas?

—Los que iban detrás de él se han puesto a murmurar que tenía que haberles pedido permiso a ellos también, en plan de que ellos iban primero.

—Claro.

—Y entonces el gilipollas se ha puesto a gritar que él era el dueño de su lugar en la cola, de su dignidad y de su destino. Pero chillando mucho.

—Joder.

—Y el tipo que llevaba la bombilla se ha puesto nervioso y se le ha caído al suelo. A los del final de la cola se les han empezado a hinchar

los huevos y han comenzado a vociferar y a insultar de gravedad al gilipollas.

—Quieres decir “gravemente”...

—Es lo mismo, ¿no?

—No, de gravedad es si lo hubiesen herido.

—Creo que están en ello. He intentado poner paz pero no me han hecho ni puto caso, así que me he salido a fumar.

—¿Y si te rompen algo de la tienda?

—Mejor que si me rompen algo a mí.

—Ya no se oyen gritos.

—Ya, voy a ver.

No es un percance habitual en nuestro barrio, sobre todo desde que pusimos en práctica el sistema para avisarnos entre todos. Cuando algún cliente pesado, raro o con alguna manía molesta acude a alguno de los comercios de la zona, el dependiente avisa a través de un grupo de WhatsApp, indicando el tipo de incordio que representa.

Al principio utilizábamos un walkie y los avisos eran muy detallados. Pero se hacía pesado, porque tenías que hacer descripciones muy precisas; mensajes como “cuidado que va uno con barba y vaqueros cortos, ya sabes, con las pantorrillas al aire, no cortos de que le llegan por encima del tobillo, sino por la rodilla o así, y se ha pasado veinte minutos revolviéndome los calzoncillos y preguntando precio de cada uno (y eso que la mayoría están marcados) y al final me ha dicho que como de rayas verdes en diagonal no tengo ninguno, que se lo piensa”. Además de lo plomizo de los mensajes, el sistema contaba con el inconveniente añadido de que el individuo objetivo podía interceptar la comunicación si entraba en alguno de los comercios mientras se estaba reproduciendo a un volumen suficientemente alto.

Con la aparición de las nuevas tecnologías se popularizaron las aplicaciones de mensajería y acabamos sustituyendo con ellas a los walkie-talkie, que contaban entre sus molestias la falta de discreción y los engorrosos mensajes protocolarios que casi todo el mundo

olvidaba y convertían las conversaciones en esperpentos. Si Mari, por poner un ejemplo recurrente, quería finalizar una conversación, se le iba el santo al cielo y no pronunciaba un “corto y cierro” de manual. Al resto de oyentes no les daba por apagar el aparato y en todos los comercios del barrio se escuchaba un zumbido incesante y molesto. En alguna ocasión, los despistes con la etiqueta provocaban confusiones y malos entendidos que podían acabar en rencillas, como aquella vez que Mamen quiso dar paso a Julián, el de la barbería, con un “corto y cambio”, se le coló un “corto y calvo” y el barbero, que no era muy alto ni se peinaba nunca, reaccionó con un automático, “tu puta madre, gorda de los cojones”. Cualquiera puede imaginar el guirigay que se formó a continuación, con infinidad de voces interviniendo a la vez en una emisora colapsada y zumbante.

Una vez que alguien tuvo la feliz idea de crear un grupo de WhatsApp, entre todos tuvimos que ir descubriendo los vacíos que debíamos rellenar para allanar el canal de comunicación y hacerlo asequible a todos los integrantes. Si tenemos en cuenta que Alfonso, la dueña de la mercería, tiene casi setenta años y escribe con un solo dedo en el teclado del teléfono, es fácil predecir que cuando el mensaje llegaba el sospechoso había desordenado el género en, por lo menos, cuatro comercios más del barrio.

Sin embargo, y gracias a episodios como éste, es a base de repetir patrones que hemos llegado a establecer un código que nos ayuda a identificar a clientes de hábitos perniciosos. Ahora lo resolvemos de una forma más mecánica y escueta: para el que revuelve la mercancía sin comprar nada hemos establecido el emoticono de la sevillana, para el que se prueba prendas y pide precio con la intención de buscar la oferta en internet, ponemos el del monito con la boca tapada, si advertimos a alguno cuya finalidad es sustraer mercancía, enviamos el policía y, para el que intenta colarse o busca lío en la cola, usamos la mierda con ojos.

Todos los códigos permiten combinaciones múltiples y nos hemos acostumbrado a descifrar mensajes con una cara sonriente, una cara

llorando, un policía, una calavera y un sombrero de copa, por ejemplo. Eso reduce mucho los incidentes, ya que podemos prevenir ciertas conductas y evitarlas.

Hace unos cinco años que conozco a Daniel. Enseguida me cayó bien: es un ferretero poco común.

A lo mejor ésta es una observación clasista (además de generalista, ya que no conozco a más ferreteros). Pero el prejuicio que les acompaña es el de ser gente gris, oscura, seria y dedicada a un negocio al que se puede describir con los mismos adjetivos. Expertos en tornillería, cables, pilas, bombillas y herramientas, copiadores de llaves, diligentes y calvos.

Daniel es calvo, en eso no se aparta ni un milímetro de la imagen típica que proyectan sus compañeros de gremio. Pero es un tipo divertido, culto y sensible. Me llamó la atención tan pronto como se hizo cargo de la tienda, cuando su padre se jubiló y, con un sutil chantaje emocional, le hizo volver de Dublín para heredar un negocio del que había huido más de tres lustros atrás.

La verdad es que pasaron, al menos, otros tres años desde que llegó hasta que pasamos de un simple saludo al cruzarnos, a coincidir en el patio trasero, compartir cigarrillos, conversaciones y confesiones. Ahora le considero uno de mis mejores amigos.

A lo largo de estos breves encuentros, Daniel me ha ido relatando su trayectoria, sus fracasos y sus triunfos.

En cualquier vida siempre hay más fracasos que éxitos. Nadie gana siempre, ni siquiera la mayoría de las veces. Pero tenemos la sana costumbre de olvidar lo que duele, lo que nos frustra. O de disimularlo, o incluso de justificarlo para sentirnos menos perdedores. ¿Quién soporta el peso de tantos golpes bajo la piel?

Su mayor triunfo fue, precisamente, su exilio a Irlanda. Después de sacarse derecho, se dio cuenta de que no le gustaba ninguna de las salidas que a un licenciado en aquella carrera le ofrecía el mercado laboral. De todas formas, lo intentó durante un tiempo. Una pasantía

en un despacho pequeño donde archivaba y fotocopiaba como si de ello dependiese su felicidad y la de los suyos, como si al final del día un contador invisible tuviese la misión de aprobar su desempeño y concederle un nuevo día en la tierra, como si su vida perdiese todo atisbo de sentido al alejarse de las carpetas y la impresora. Siguió intentándolo, enviando cientos de currículos a los mejores y más importantes bufetes de la ciudad, a muchos de los medianos y a algunos francamente malos. Todo lo que consiguió, finalmente, fue vencer la tentación de preparar oposiciones y esquivar la amenaza, en forma de maldición, de su familia: su padre, antes de acabar la carrera, le advirtió que no debía pasar más de un año desde su licenciatura sin encontrar un empleo remunerado. En caso contrario, trabajaría para él en el comercio familiar. El hombre se mantenía saludable en su madurez, pero el paso de los años comenzaba a ser una evidencia y quería asegurar la continuidad de un negocio que había levantado de la nada.

Y nada horrorizaba a Daniel más que el gris futuro que como ferretero le esperaba. Se angustiaba al saber que su vida se circunscribiría al mismo barrio en el que se había criado, que por horizonte tendría un escaparate con máquinas perforadoras, sierras eléctricas y mangueras. Se imaginaba casándose con una vecina, criando niños como el que él mismo había sido, sin ser capaz de darles la posibilidad de huir, de escapar, de ser alguien diferente en un sitio distinto.

Cuando faltaba un mes para que se cumpliera el año de margen dado por su progenitor, una ex-compañera de facultad le habló de una empresa ubicada en Dublín que, tras el pago de una módica cantidad, ofrecía alojamiento y trabajo en la ciudad.

Hizo un montoncito sobre su escritorio con los billetes y monedas que había ido ahorrando durante los últimos meses, ayudando los sábados en la ferretería y haciendo algún recado extra para el bufete, e hizo la llamada que cambiaría el rumbo de su vida.

Una vez en el extranjero, tuvo la oportunidad de comprobar que su inglés no era suficientemente bueno para haber entendido, en la letra pequeña del contrato que firmó en su ciudad, que lo que la agencia facilitaba era el contacto con un casero para que él mismo pactase el alquiler, así como una serie de direcciones de locales y empresas de la ciudad en las que se solicitaba personal. Recopilaban anuncios públicos y los vendían a aventureros que guardaban la precaución suficiente para no presentarse en Dublín con las manos vacías, pero mantenían la ingenuidad necesaria para creer que el pago de una cuota les iba a proporcionar curro y casa.

Daniel es de esa clase de personas.

Sin embargo, al cabo de unas horas estaba instalado en una habitación de un edificio de apartamentos, compartida con un muchacho italiano, y no tardó más de una semana en empezar a ayudar a un tapicero algunas horas al día, que le permitían pagar la renta y comer ligero.

Irse a Irlanda fue un triunfo trufado de pequeños fracasos, en el que ambos conceptos se mezclaron, se emborracharon, fornicaron se convirtieron en inseparables, borrando y confundiendo los límites que les separaban.

Antes de entrar de nuevo en la pelu oigo un estrépito de cacharros y asomo la cabeza a la puerta de la ferretería. Veo a dos hombres enfrentados, con las narices tocándose, resoplando, las caras de un rojo incandescente y los puños crispados, escupiéndose insultos mutuamente. Pero la cabeza de Daniel, que asoma por encima de ellos, me dedica un gesto tranquilizante, una sutil rotación de cuello acompañada de un fruncimiento de cejas que me dice que “no pasa nada”. Cierro entonces y vuelvo al tajo, a lavar cabezas y juntar montoncitos de pelo en el suelo, esperando a que la clienta de turno haga el chiste de los cojines.